



LA CÁRCEL, LUGAR DE EXPERIENCIA DE DIOS

Basado en un texto de José Sols Lucia, sj.

El título de este tema respira un optimismo engañoso. Produce la impresión de que la cárcel como lugar de experiencia espiritual, donde Dios se hace presente, sea lo más normal del mundo. Pues empecemos por deshacer el entuerto para evitar equívocos iniciales. *La cárcel es un infierno donde todo apunta a que Dios no existe. La cárcel es el lugar de la negación del amor.* Cualquier interno o interna de una prisión, cualquier funcionario de centros penitenciarios, cualquier voluntario, podemos corroborar esta primera afirmación inicial, que no es la última que haremos, pero sí nuestro punto de partida.

1. Marginación social

Para hablar de las cárceles, conviene dejar de lado la poesía y utilizar la prosa en toda su crudeza. Hay lugar para la poesía (ese es el lugar donde nos queremos encontrar hoy), y un lugar importante, pero no es lo primero que hay que manejar. La cárcel es una de las peores experiencias que pueda pasar un ser humano. Sólo quien lo haya vivido o quien lo haya visto a diario de cerca puede hablar de ello, y de ahí la importancia de escuchar relatos autobiográficos, a los que aludiremos más adelante. Y de ahí la importancia de comentarlo en el seno de la cárcel, voluntarios y presos. Asumiendo desde un principio dónde estamos. Sin engaños. El interno (hombre o mujer, joven o adulto) se encuentra apartado de su medio social, arrancado violentamente de su espacio vital, en la mayoría de los casos sin esperanza de recuperar la libertad en mucho tiempo. Su mujer, su marido, sus hijos, su madre, sus amigos... están fuera, extra muros. En la cárcel, no son tratados como ciudadanos, sino como presos. Sus derechos civiles quedan en suspenso durante un largo período de su vida.

Y no estamos pensando en malos tratos. Tenemos que congratularnos de que las cárceles catalanas y españolas estén en el grupo de las mejores del mundo. Nada que ver con las latinoamericanas, norteamericanas, africanas, asiáticas. Esto es un paraíso comparado con aquello, y lo dicen los reclusos que han estado en aquéllas y en éstas. Y, sin embargo, esto es un infierno. Simplemente porque es una cárcel, más allá de la higiene habitual, el orden, el respeto de los funcionarios, el horario de visitas, las horas de patio, las actividades culturales, todo lo cual suele ser casi impecable en nuestra geografía penitenciaria.

Los reclusos son excluidos sociales. Se les echa al olvido penitenciario para apartarlos, para que purguen por lo que han hecho, para que se lo piensen dos veces la próxima vez. Los ciudadanos no visitan la cárcel. No hay relación habitual entre calle y cárcel. Los presos sólo ven a algunos de sus familiares, a sus escasos amigos y a los contados funcionarios y voluntarios que merodean por la galería. Nada de esto llega a sociedad. Todo esto es la negación de la sociedad. Muchos no tienen ni eso: ni familia ni amigos. Sus familias están a miles de kilómetros, o más cerca pero no quieren saber nada de ellos. Curiosamente son las reclusas las que sufren un mayor rechazo por parte de sus propias familias, como si fuera más indignante ser reclusa que recluso. En cambio, los varones a veces son semihéroes en ciertos ambientes sociales cargados de delincuencia y marginación.

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

2. La hipocresía cotidiana

El ciudadano de a pie está convencido de que los presos están ahí porque se lo han merecido. "¡Que pague por lo que ha hecho!", se suele oír incluso en ambientes cristianos. Pero todos sabemos que la inmoralidad y la ilegalidad no es un patrimonio exclusivo de los presos. Una y otra campan a sus anchas por ciudades y pueblos, en los ambientes más variopintos, pero hay franjas de ciudadanos que saben cubrirse bien las espaldas, que saben cómo evitar el peso de la justicia, que pueden pagar una jugosa fianza para evitar la galería o hacer una oportuna llamada telefónica al amigo poderoso, que salva la situación a tiempo. En la cárcel apenas hay ricos, y los pocos que hay suelen salir muy pronto. Hasta un niño sabe que los ricos no llevan una vida más moral ni más legal que cualquier otra franja social: los de abajo roban con tirón, y los de arriba con métodos más sofisticados. Pero todo es robar. Esto ocurre aquí y en todas partes. ¿Quién va entonces de hecho a la cárcel? Los pobres y los inmigrantes extranjeros. Vaya, toda esa franja de población que resulta incómoda al sistema. Y el que no se lo crea, que entre en una cárcel y que lo vea con sus propios ojos.

Vivimos una hipocresía cotidiana. *Necesitamos que haya cárceles para sentirnos limpios.* Si no hubiera cárceles, todo el mundo sería sospechoso de ser delincuente, pero al haberlas, queda claro quién lo es y quién no. La sociedad es como aquellos hombres del evangelio (Jn 8,1-11) que querían apedrear a una mujer porque había sido sorprendida en adulterio, cosa prohibida por la ley civil-religiosa de los judíos. Estamos con la mano en alto, apretando con fuerza la piedra, deseos de aplastar a ese bicho humano, convencidos de que cuanto más dura sea la pedrada, menos se verá que nosotros somos tan inmorales como él. "Quien de vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra", dice Jesús. Todos se retiraron, empezando por los más ancianos, que tenían una historia más larga de ambigüedades y una mayor sabiduría.

No nos preocupa que deje de haber delincuencia, aunque nos llenemos la boca diciendo que sí nos preocupa. Si nos preocupara, pondríamos los medios preventivos para ello: hacer desaparecer la pobreza, educación buena para todos, acoger a los extranjeros, limitar la violencia excesiva en el cine, en la tele, en los juegos, prohibir la pornografía, acabar con la cultura xenófoba, uniformadora, y tantas otras cosas que se sabe desde hace tiempo que son tierra abonada para la delincuencia. Pues no, sólo queremos cárceles, y duras. Como dijo el Hermano Adriano en un seminario: "La gente quiere la pena de muerte. No lo dicen porque no está de moda decirlo. Pero sus actitudes y su manera de pensar son defensoras de la pena de muerte".

3. Negación de Dios

Si Dios es amor (1 Jn 4,8), y en la cárcel el amor está negado, es obvio concluir que la cárcel es un lugar de negación de Dios. Esta es la primera experiencia que tiene el recluso creyente, y el no creyente, porque en esas situaciones no se diferencian demasiado uno de otro. Es la experiencia del abandono social, que leída en clave teológica, se convierte en abandono de Dios. "Todos me han dejado", "estoy sola", siente la reclusa que entra en los muros del centro penitenciario. Resulta hasta ofensivo oír hablar de Dios cuando uno carece de libertad, cuando se siente abandonado, cuando no es tratado como un ciudadano entre iguales, sino como un ser inferior. "¡Cómo puede permitir esto Dios!". No hay respuesta a esta desgarradora exclamación. **Sólo cabe la esperanza de que algún día esa persona descubra que es precisamente Dios quien está en el origen de esa protesta, que es Él quien le da fuerza para no conformarse con esa situación inhumana.**

4. Escuchar relatos

La mejor forma de entender lo que se vive en la cárcel es escuchar relatos de quienes la han vivido, ya sea como presos, ya sea como trabajadores o como voluntarios. Todos, desde su historia y desde su fe, señalamos que conviene no hacer fácil poesía con la cárcel, que aquello es muy duro y muy gris, que las cárceles son un constante cuestionamiento al sistema social establecido. *Las cárceles son el fracaso de la vida en sociedad.*

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

5. Procesos lentos

En la cárcel los procesos son lentos. Hay que desconfiar de las prontas reflexiones que hacen los que acaban de visitar por primera vez la cárcel. En su entusiasmo (voluntarios) o en su desgarró (presos), hablan mucho, pero a quienes hay que escuchar con detenimiento para saber lo que es la cárcel es a los que llevan años, más de media vida quizás.

Algunos nos dicen que en la cárcel se dan procesos de transformación, nunca rápidos, pero palpables. Los presos tienen interminables horas para pensar, para repasar lo que ha sido su vida, para imaginar lo que habría podido ser *si* no hubieran hecho lo que han hecho, o *si* no hubieran confiado en quien han confiado. Como señalaba María Luisa Pascual, "más que mil técnicas psicológicas, lo que más ayuda al recluso o a la reclusa a vivir una transformación es el hecho de sentirse amados". Y eso es precisamente lo que no aporta la cárcel, pero eso es lo que paradójicamente los reclusos pueden experimentar en la cárcel. La cárcel no da amor, pero en la cárcel puede haber encuentros con voluntarios, funcionarios, reclusos, que expresan que el amor sigue existiendo a pesar de que parecía que había quedado enterrado para siempre.

Se trata de procesos lentos, con idas y venidas, con momentos de euforia y otros de depresión. Pero "hay un momento en el que el recluso dice 'ya'". Es el instante en el que se viven sintéticamente las largas etapas de un proceso prolongado de transformación, ya sea para dejar la delincuencia, la droga, el alcohol, ya sea para confiar en los demás, para creer en Dios, para auto-apreciarse. Es el instante en el que se pone la piedra clave de un edificio que se ha ido construyendo penosamente durante mucho tiempo. Y a partir de ahí empieza quizás una nueva vida.

6. El redescubrimiento del milagro

En los relatos autobiográficos apareció varias veces la idea de "milagro" en boca de personas nada milagreras. En el 4º evangelio, la palabra que se utiliza en griego es "*semeion*", que no significa exactamente "milagro", sino más bien "signo", "señal" (por ejemplo, Jn 2,11: "En Caná de Galilea hizo Jesús este primer signo, manifestó su gloria y creyeron en él los discípulos"). En la cárcel hay "signos", "milagros". No se trata de desafíos a la naturaleza (por ejemplo, que un iraní, de pronto, rompa a hablar en catalán, sin previo aprendizaje), sino que lo que parecía imposible en el orden de lo psicológico o de lo social se haga posible: uno deja la droga, otro decide dejar de delinquir, otra encuentra a Dios en su vida hasta el punto de que ésta cambia radicalmente. No deja de ser sintomático que, en una sociedad en la que cada vez se perciben menos signos visibles de la presencia invisible de Dios y en la que sólo hablan de milagros algunos iluminados, se retome la categoría de "signo", de "milagro", precisamente allí donde la sociedad es negada, en la cárcel. *El no-lugar social es escogido por Dios como lugar.*

El Hermano Adriano lamenta que "la Iglesia parezca haber olvidado que nació en la cárcel". Jesús de Nazaret fue ejecutado en cruz junto a dos malhechores; los primeros discípulos fueron perseguidos, encarcelados, ejecutados; y las primeras generaciones de cristianos sufrieron persecución, martirio. ¿Por qué lo hemos olvidado? ¿Por qué sólo pensamos en ello cuando en televisión vemos películas de romanos el día de Viernes Santo? La fe cristiana, en un mundo injusto, es perseguida. El Dios en el que creemos, en una sociedad en la que hay personas marginadas u olvidadas, escoge precisamente a esas personas para mostrarse. La cárcel, lugar de negación de Dios y del amor, es un lugar escogido por Dios para mostrar su amor.

La cárcel muestra la imagen del anti-hombre. A veces, los reclusos tienen un aspecto tan desfigurado "que no parecen hombres" (Is 52,14). Sin embargo, la parábola de Mateo 25,31ss nos recuerda que la salvación, esto es, la vida, nos llega precisamente a través de los necesitados de salvación: "cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo" (Mt 25,40). El resultado de esa acción es la salvación: "venid, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo" (Mt 25,34). *Salvándoles, nos salvan.* Lo primero lleva a lo

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

segundo, y lo segundo no se da sin lo primero, aun cuando no tengamos conciencia de ello. La salvación no depende de nuestro grado de conciencia refleja, sino de nuestra praxis liberadora.

7. Dios está ahí, más aún que aquí

Encontrar a Dios en la cárcel es como un gran milagro, una sorpresa inesperada. Sentir el amor en aquel lugar de olvido es algo insospechado. Todo ello nos lleva a pensar que la cárcel, como otros terrenos de marginación social, quizás sea *lugar teologal* precisamente por ser un no-lugar social, o un lugar de in-humanidad. Allí donde están algunos de los grandes criminales, se dan gestos de enorme ternura; allí donde se palpa el abandono y la soledad, se da la experiencia de un Dios que acompaña; allí donde se da el vacío, Dios llena. Como decía el Hermano Adriano, "el vaso vacío permite que Dios entre". Y no se trata aquí de mitificar a los presos como si fueran excelentes personas (que de todo hay), sino de descubrir que Dios opta por los pequeños, por los que sufren, por los que lloran, por los dejados en la vida social (Bienaventuranzas de Lc 6,20-23 y de Mt 5,1-12). Como dice María Luisa Pascual, "Dios no ama a los pobres porque sean buenos, sino porque son pobres". Nadie se merece el amor de Dios, nadie lo obtiene por méritos propios, como tampoco nadie puede lograr que Dios le deje de amar. Su amor es gratuito y llega a todos, pero donde se hace más patente es allí donde el amor es negado, en el vaso vacío.

"Amor", "ternura", "milagro", son palabras que pueden sonar a música celestial cuando pensamos en las cárceles. Es muy importante "estar", y es muy importante "hablar", pues estas dos cosas son el polo opuesto de lo que sufris: abandono y silencio, o sea, "no estar" y "no hablar". A través del "estar" y del "hablar" va surgiendo la confianza, la presencia del otro, el saberse apreciado, el ser alguien. El amor se canaliza a través del "estar", del "hablar" y de múltiples gestos. Nada de eso llegó de golpe, sino que fue un proceso lento, como la "brisa suave" del actuar de Dios (1Re 19,12-13), como la mayor parte de los milagros de la cárcel, que requieren tiempo.

Tenemos que cambiar de mentalidad. Dios no se encuentra donde nosotros hemos decidido que esté, sino allí adonde Él quiere que nos desplacemos para desbloquear nuestra vida social, que parece tener una enfermedad crónica. Si el ir a misa cotidiano, o el asistir al grupo cristiano de siempre, o nuestra participación activa en una ONG supuestamente humanitaria no nos remueve las entrañas ni nos hace descubrir los hermanos y hermanas de humanidad que sufren, entonces Dios se ausenta de esos lugares nuestros y se muestra en otros para que tengamos que desplazarnos, salir afuera, más allá de los márgenes, para encontrarlo allí, quizás en lugares socialmente y eclesialmente nada "sagrados", como por ejemplo la galería de una cárcel o la unidad de enfermos terminales del Sida. **Esos lugares no sagrados son los lugares sagrados de Dios.** Para el Dios Padre de Jesús, nada hay más sagrado que el hombre, y de todos los hombres, ninguno es más sagrado que el que vive inhumanamente.

8. Cristianos que acuden al encuentro de Dios

Afortunadamente, no son pocos los cristianos y cristianas que en las últimas décadas han acudido a las cárceles para atender a esa humanidad sufriente. Es un fenómeno que va en aumento, tanto en Cataluña, como en España, como en otros países. Algunos lo hacen como voluntarios, dedicando una parte de su tiempo a visitar presos e incluso a colaborar con ellos en la organización de actividades para su distracción, su formación o para paliar su aislamiento social. Entre estos voluntarios y voluntarias, encontramos desde jóvenes universitarios hasta jubilados holgados de tiempo y con espíritu emprendedor, pasando por profesionales de diferentes edades. La Iglesia, a través de su Servicio de Pastoral Penitenciaria (conocido como SEPAP), intentamos cada vez estar más atenta a este clamor anónimo, aunque lo que queda por hacer es aún muy superior a lo ya realizado.

Otros cristianos y cristianas trabajan profesionalmente en las cárceles, como funcionarios. Su papel no es fácil, pues los funcionarios son conscientes de ser "los malos de la película". La misma sociedad, tantas veces hipócrita, que pide la

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

“cuadratura del círculo” (que se meta en la cárcel a los delincuentes, que se les trate con dureza, que no se les rebaje las penas, que no estén demasiado cómodos, que salgan rehabilitados, que, al salir, trabajen, eso sí, conmigo no), esa misma sociedad es la que mira con malos ojos el papel de los funcionarios, viéndoles como represores inmisericordes. Si los detenidos hacen de chivo expiatorio de la enorme ilegalidad e inmoralidad que hay en la sociedad, los funcionarios hacen de chivo expiatorio del complejo de culpa que tiene la sociedad al saber que hay hombres y mujeres encerrados en cárceles. Se produce de nuevo la situación de Jn 8,1-11, a la que ya hemos aludido más arriba: una multitud acusadora blandiendo piedras, dispuesta a lapidar a la pecadora; acusamos a los funcionarios de cárceles por dedicarse a algo tan vil, les miramos como se sentía mirado el verdugo novato de la película de Berlanga, para no tener que acusarnos a nosotros mismos de dar cobertura al sistema penitenciario. Vaya, algo así como defender el ecologismo a pesar de tener muebles de buena madera en casa e ir en coche al trabajo.

Es común a muchos de estos cristianos y cristianas el sentir que Dios se nos va haciendo presente a través de los abandonados de la sociedad, un Dios que, siendo el mismo en el que creían, es distinto a como lo imaginaban. Es común también que perciban la sociedad y la Iglesia con unos ojos distintos, pues las hipocresías, las falsas buenas intenciones, la verborrea vacía de verdad, se hacen patentes desde dentro de la cárcel mejor que desde la libertad de la calle. Las lágrimas del preso quitan el velo de los ojos que impide ver los engaños colectivos en los que andamos metidos.

Duele constatar que el tema de las cárceles, como el tema de la marginación en general, como el tema de la pobreza de cientos de millones de hombres, mujeres y niños de hoy, se utilice sólo para calmar conciencias, para quedarse aún más tranquilos que antes. Duele constatar que no hay una verdadera orientación de la sociedad y de la Iglesia hacia esa humanidad sufriente, mientras que sí la había en Jesús de Nazaret. Duele observar la pompa que aún nos gastamos en liturgias, en actos académicos, en entregas de premios, en circos políticos de toda especie.

Algo huele a podrido en esta sociedad.

9. El complejo de Saturno

Si la sociedad consiente que algunos miembros de la sociedad vivan apartados, y no trabajamos por su readaptación, no nos cuestionamos por qué han quedado apartados: todo esto es como devorar a los propios hijos. Los que aquí estamos, nos mueve una inquietud en ese sentido. Y no sólo los voluntarios que estamos aquí, sino todos los que formamos parte de esta comunidad, cada uno con su misión, unos en prisión, otros voluntarios, pero todos criaturas de Dios. ¿Por qué no abrazarnos con amor? ¿Por qué no dar lo que somos y recibir lo que son?

10. El abrazo social

En la parábola del Hijo Pródigo (o del hijo menor) (Lc 15,11ss), la sociedad es el hijo mayor, protestón, y los marginados son el hijo menor, que, por una razón u otra, se ha quedado fuera, donde sufre lo indecible. El mayor cree que su “estar dentro” es fruto de su esfuerzo, un mérito. En realidad, no entiende nada. Vive amargado con su ignorancia, y sólo satisface esta amargura el hecho de saber que hay otros que están fuera pasándolo peor que él. Cuando el padre abraza al menor y le organiza una gran fiesta, se desmoronan los tristes esquemas mentales del mayor. Con su lógica, errónea, aquella fiesta es una atrocidad.

No tiene ningún mérito que yo no esté en la cárcel o en un centro de detención. No tiene ningún mérito que yo no entre de ilegal en otro país. Simplemente, no lo necesito porque no he nacido en ningún país pobre, porque siempre he tenido comida, vestido, casa y libros, y porque he sido educado en un medio que fomentaba la paz y el entendimiento. Todo eso me ha sido dado sin que yo lo mereciera. ¿Por qué entonces considerar que he hecho méritos para no estar en la cárcel? No he hecho ninguno. Si yo hubiera nacido en un poblado pobre del África, ahora estaría haciendo lo mismo que están haciendo tantos africanos: intentar entrar en Europa para comer y para dar de comer a mi familia. De ese intento proceden múltiples ilegalidades que

ORIENTACIÓN ESPIRITUAL EN NUESTRA TRADICIÓN

me harían dar con mis huesos en la cárcel: comerciar con droga para obtener dinero fácil, entrar en Europa sin papeles, robar, amenazar. De hecho, un extranjero pobre entra en la cárcel por mucho menos que todo eso. A veces incluso por nada.

El padre abraza al hijo menor, hasta entonces marginado. Le estrecha en sus brazos, le llena de besos, le organiza una fiesta. Ese hijo, por el hecho de haber pasado tanta penuria, descubre la enorme bondad de su padre. Su padre, desde siempre, era así de bueno, pero él no lo sabía, como todavía no lo sabe su hermano mayor. Descubre la bondad de su padre al sentirse abrazado cuando había hecho méritos para ser rechazado. El padre quiere al mayor tanto como al menor: "Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo", le dice. ¿Qué se puede dar más que todo? Nada. El problema no está en una supuesta falta de amor del padre hacia el mayor, sino en que el mayor aún no ha descubierto la bondad del padre por creer que ese "todo" del padre no es sino un logro que él, el mayor, ha obtenido con su esfuerzo. Craso error. Craso error de toda nuestra sociedad.

Vivimos el espíritu del hijo mayor. No nos sentimos culpables del mal de tantos pobres y marginados, y deseamos que haya castigo para todo aquel que no sea como nosotros: que no le dejen entrar en Europa, que lo encierren porque no tiene documentación, que le prohíban consumir droga en público, que los muros sean opacos para que no les veamos. *El resultado es una triste sociedad, partida en dos:* por un lado, los *bien situados* están hastiados de aburrimiento; para paliar su penosa condición existencial, se tragan acriticamente la telebasura, el cine compulsivo, consumen ocio pasivo, toman droga para sentir felicidad, porque no saben qué es ésta sin aquélla, escuchan música constantemente por temor al silencio, abusan del teléfono móvil por temor a la soledad...; y por otro lado, los *mal situados* hacen lo inimaginable para salir de su postración: hasta vender todo lo que tienen y lo que supuestamente ganarán durante años, con tal de poder subirse a una patera, cruzar el estrecho de Gibraltar y entrar en Europa.

Ante este panorama desolador, sólo cabe como salida constructiva el abrazo social, la reconciliación histórica, el dejar de vivir los unos al margen de los otros, acabar con la opacidad de los muros. El abrazo del padre es lo único que humaniza. Ese abrazo tiene múltiples concreciones posibles según los lugares y situaciones de cada cual. Pero el mensaje es uno, y se nos envía a todos desde el Dios de la cárcel: *así como la deshumanización surgió con el rechazo, así la humanización renace con el abrazo.*